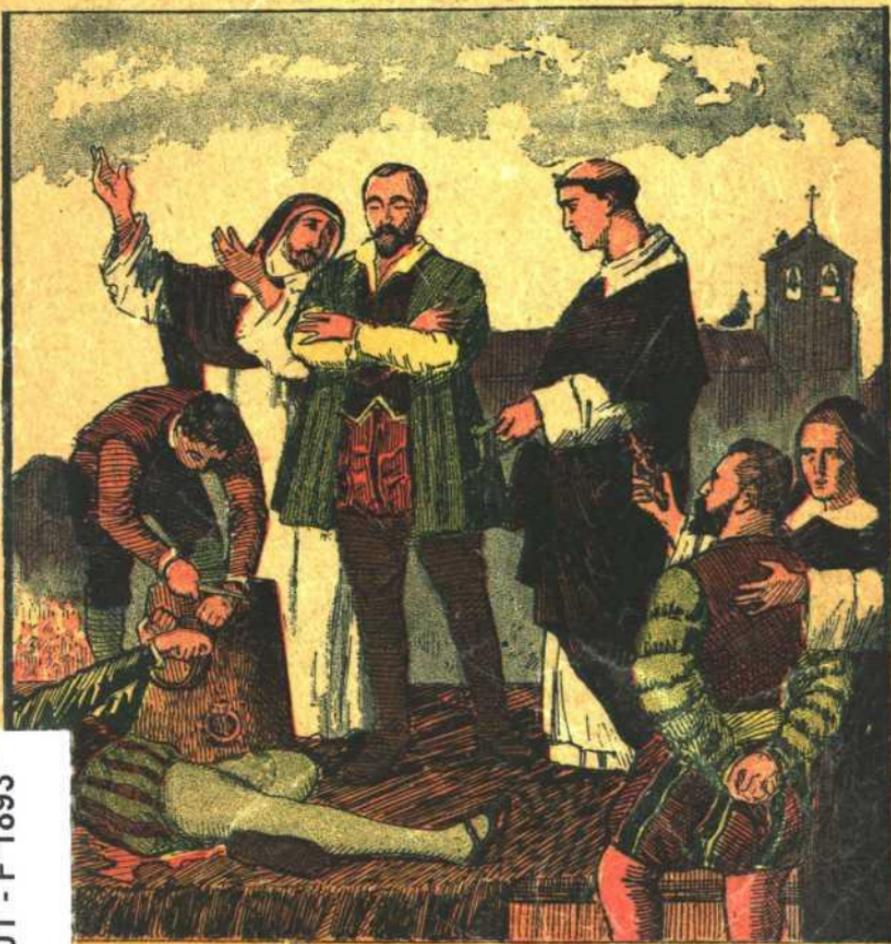




# ESPAÑA GLORIOSA

EPISODIOS CULMINANTES  
DE LA HISTORIA PATRIA

LOS COMUNEROS DE CASTILLA



JT - F 1893

20 CTS.

ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO  
DEPARTAMENTO DE CULTURA Y RECREACION  
MUSEO DE LA HISTORIA NATURAL



R. 160603

t. 1260855

c. 71698429



## Los comuneros de Castilla

---

### I

Era la noche del 18 de noviembre de 1517.

La invicta ciudad de Valladolid, presentaba el aspecto de las grandes solemnidades. Por sus vías circulaba abigarrada multitud, entre la que predominaban las gentes de armas. De todos los balcones y fenestras pendían policromos tapices y albandas; en cada esquina se alzaba un arco de triunfo y, atravesando las calles, de balcón a balcón, veíanse infinitas guirnaldas de flores.

Empero, la gente que discurría por la ciudad, no mostraba una gran alegría, ciertamente. Mejor podía decirse que caminaba triste y meditabunda.

Mas que a una fiesta de alegría, diríase asistían a los funerales de un héroe o de un hombre de talento, gloria de su patria.

Esta trizteza estaba justificada.

Aquel día hacia su entrada en la ciudad el nuevo rey de España, Carlos I.

El joven monarca había sido elevado a tan alta dignidad, en virtud del enajenamiento mental de su madre, doña Juana, conocida en la Historia por *la loca*.

El rey venía a tomar posesión de su corona, sin que su proclamación hubiera sido aprobada por las Cortes españolas y sin haber hecho el juramento que entonces era costumbre hacer al principio de cada reinado.

Añádase a esto que, esta proclamación habíala hecho los flamencos de los cuales venía rodeado Carlos y, si añadimos aún que estos gozaban justa fama de ambiciosos; que ya se habían repartido entre flamencos los empleos y dignidades que dejó vacantes Cisneros; que el ambicioso Chievres era ayo del rey y ministro; que Sauvage fué nombrado gran canciller de Castilla y su sobrino Guillermo de Croy, que ni siquiera tenía carta de naturaleza en el reino ni había cumplido la edad prescrita por los cánones, fué elevado por el monarca a la alta dignidad de arzobispo de Toledo, tendrán una idea nuestros lectores, de la indignación de los nobles españoles que se veían privados de sus derechos para satisfacer el egoísmo de aquella cohorte de advenedizos que el nuevo rey traía consigo.

Esta serie de circunstancias, dió lugar a que en el ánimo de los castellanos predominara el descontento, descontento que no trataban de disimular siquiera, haciendo en público protestas continuadas y enérgicas de intromisión de los extranjeros en el gobierno de la nación, como asimismo exteriorizaban sin recato alguno, su decisión de no jurar a Su Alteza, en tanto éste no jurase guardar los privilegios, costumbres, libertades y usos del reino.

Al entrar el rey en Valladolid, hallóse con un ambiente de hostilidad que no podía pasar desapercibida de él, a pesar de conocer muy poco el castellano y ser demasiado joven para regir los destinos de una nación.

El que más se distinguió por sus protestas fué el doc-

tor Juan Zumel, diputado burgalés, quien fué amonestado rudamente por el gran canciller flamenco, invitándole a que depusiera su actitud, a lo cual se negó el enérgico Zumel, diciendo a Sauvage:

—No sólo no depongo mi actitud, sino que continuaré recomendando a los procuradores que no juren al nuevo rey, sin que lo haga antes Su Alteza.

—Os mandaré prender por desafecto al rey y confiscaré todos vuestros bienes, amenázole el flamenco indignado.

—Demasiado os conozco y no me extrañará que cumpláis la primera parte de vuestra amenaza, para dar lugar a poder efectuar la segunda, respondió sin inmutarse el doctor. Pero tened a cuenta que nadie puede intimidarme para que abandone la noble misión que me he impuesto de no permitir que os apoderéis de nuestros tesoros.

Aquella disputa condujo pronto a ambos a dirigirse mutuas amenazas y se separaron, después de declararse enemigos irreconciliables.

Esta entrevista del canciller y el diputado, dió mucho juego en la corte, excitando los ánimos en grado superlativo hasta el punto que, los demás procuradores de las ciudades españolas, presentaron al ministro Chievres una petición para que fuera trasmitida al monarca en la que, entre otras cosas, se pedía que el rey se casara con urgencia para dar sucesión a la corona; que se tratase a doña Juana cual correspondía a una reina que era; que confirmara el rey las pragmáticas, leyes y libertades de Castilla, jurando no tolerar se impusieran al pueblo nuevos tributos; que los embajadores del reino fueran españoles; que no se concedieran empleos, dignidades ni carta de naturaleza a ningún extranjero, revocando las que se hubieran otorgado; que en palacio sólo hicieran servicio caballeros españoles y que Su Alteza hablara castellano, para entenderse mejor con sus súbditos; que no permitiera sacar del reino oro, plata ni moneda; que no enajenara nada en absoluto de cuando pertenecía al patrimonio real, etc., etc.

Tal era la situación en la época a que nos referimos y

tales las dificultades con que el hijo de Felipe el Hermoso tropezó en los comienzos de su reinado, que dieron origen a las revueltas que luego se desarrollaron, conocidas por el nombre de las comunidades de Castilla.

Trasladóse Carlos I de España, a Zaragoza de donde salió para Barcelona, encontrando en estos Estados el mismo ambiente que había hallado en Castilla.

Y era lógico que así ocurriera puesto que, en una y otra ciudad, se presentó rodeado de escaso número de castellanos y si, en cambio, de muchos flamencos cuya rapacidad era de todos conocida.

Esto unido a que Carlos apenas hablaba el español y había mostrado su decidida afición a proteger a los extranjeros, menospreciando a sus súbditos, hizo que el descontento aumentara, llegando hasta el punto de que las cortes catalanas le escatimaron el título de rey.

## II

Así las cosas, en 1519, hallóse Carlos con la grata sorpresa de haber sido proclamado emperador de Alemania, en virtud de la muerte de Maximiliano.

En la dieta de Francfort, y a despecho de los numerosos pretendientes a la corona de Alemania, fué elegido Carlos I de España para ocupar el trono que dejaba vacante su abuelo.

Esto alhagó la vanidad del joven monarca que comenzó a darse el dictado de Magestad, aceptando la corona de Alemania sin consultar la opinión de su reino, lo que dió motivo a que se intensificara más el disgusto de los españoles, que miraban el encumbramiento de su rey más bien como una nueva desgracia que como un fausto acontecimiento.

Tenían muy presentes los españoles los males que pa-

decieron cuando Alfonso el Sabio, al pretender la corona del mismo imperio, se ausentó, dejando a su patria en manos de una regencia y temían que, si tal ocurría entonces, los flamencos, en quienes recaería ésta a no dudar, harían emigrar a tierras extranjeras todo el oro de la nación, máxime cuando ya tenían pruebas de su desmedida ambición y rapacidad.

El mal que los castellanos temían no tardó en aversinarse.

El oro, los brocados y todo cuanto había de valor en el reino, era sacado de él con el mayor descaro y previa la real licencia de Carlos I que no parecía sino quería despojar a España de toda su riqueza.

Y a tal estado llegaron las cosas que, por un verdadero milagro, podían ver los españoles un doblón de a dos, moneda acuñada en tiempo de los Reyes Católicos con el oro más acendrado y puro, a los que, los flamencos, daban caza con verdadero empeño, digno de mejor causa.

Pero no terminaron aquí las aventuras del pueblo ibero. El rey anunció que se disponía a partir para Alemania y convocó las Cortes en Santiago [de Galicia, con objeto de pedir un nuevo subsidio a los Estados españoles, a fin de hacer frente a los gastos de viaje y coronación.

Esto fué la gota de agua que hizo colmar la medida, opinando algunas ciudades, gran resistencia para evitar que tal inominia se llevara a cabo.

Toledo fué la primera en protestar, dirigiendo a las demás ciudades cartas conminándolas a que se opusieran a los planes del monarca, y nombró dos regidores que, en unión de dos jurados, fueran a hablar al rey para ponerle de manifiesto el disgusto con que el pueblo veía su ausencia y recabar de él, desistiese de ir a Alemania.

Todo el resultado de esta gestión fué que Chievres y los del consejo prometieran al Ayuntamiento que el rey estaría de vuelta antes de tres años y, después de ganar para su causa algunos individuos, a fuerza de sobornos, pidieron a las Cortes trescientos cuentos de maravedies, para subve-

nir a los gastos del viaje.

La cólera del pueblo estaba a punto de estallar y en el ambiente pesaba todo el disgusto que la actitud del monarca causaba a sus súbditos.

Carlos, al ver el estado de su pueblo, precipitó su marcha, poniéndose en camino sin reparar en lo lluvioso del día.

Esta que pudiéramos llamar huida del rey y la noticia que se difundió de que los flamencos trataban de llevarse a doña Juana la loca, hizo estallar por fin la revolución.

Las campanas de San Miguel tocaron a rebato y, los españoles, armados de todo género de armas, se precipitaron en tropel a la puerta del Campo, para impedir la salida de la corte.

Pero Carlos I había logrado tomarles la delantera y ya se hallaba con su séquito a algunos kilómetros de la ciudad y, poco después, se embarcaba abandonando las costas españolas, en las que quedaba como el rumor de una tempestad: era la voz del pueblo que se alzaba en airada protesta.

### III

El regidor don Juan de Padilla en unión de Hernando Dávalo, se había alzado en armas en Toledo, al frente del pueblo en masa. Antes de salir Carlos I, mandóles comparecer en Santiago con toda urgencia, a fin de sofocar en sus comienzos la sublevación, pues era conocido del monarca el ascendiente que sobre el pueblo tenían los dos caballeros: ellos fingieron que se disponían a obedecer y salieron de Toledo: pero el pueblo salióle al encuentro, volviéndoles a la ciudad y encerrándoles en la iglesia mayor, cuyo recinto custodiaban hasta siete mil hombres armados.

Padilla y Dávalo, mandaron cartas al rey protestando

del sentimiento que les causaba no poder cumplimentar su orden, por hallarse presos por el pueblo.

Desde este momento la revelión fué francamente manifestada por los españoles. Los bandos de la autoridad comenzaron a ser desobedecidos y el tumulto popular tomó unas proporciones aterradoras.

Se desarrollaron algunas escenas violentas entre los sediciosos y las fuerzas que permanecían fieles al Gobierno, y, después de algunas refriegas, los amotinados, se apoderaron de la ciudad, del alcázar y de sus fuertes.

Cuando se desarrollaban estos acontecimientos, enterado de lo que acontecía en Toledo, don Pedro Lara de la Vega, desterrado en Padrón por el rey, logró fugarse, regresando a la ciudad donde fué recibido con grandes muestras de júbilo por parte de todas las clases de la sociedad, aclamándole como a defensor de la patria.

Con gran rapidez, transmitióse el fuego de la insurrección a las demás ciudades españolas, y fué en Segovia donde más sangrienta se manifestó, desde los primeros momentos.

Poseionado los segovianos de que la venalidad de los procuradores en corte había conducido a la patria al estado en que se hallaba, arremetieron contra ellos enfurecidos y, dos corchetes que tomaron la defensa de los delegados de la autoridad real, fueron muertos por los revoltosos, quienes, atándoles al cuello una cuerda, los arrastraron por toda la ciudad, colgándoles luego en una horca que levantaron en una de sus plazas.

La misma suerte que a los corchetes le cupo al procurador don Rodrigo de Tordesillas quien, a su regreso de la Coruña, se presentó confiado en Segovia, a pesar de las recomendaciones de sus amigos para que no lo hiciera.

Entonces se dió el nombre de comunidades a los pueblos alzados en armas para vengar los agravios que el rey Carlos I había inferido a la Nación y, por consecuencia, los sublevados, recibieron el dictado de *comuneros*, por que se habían lanzado a la lucha a la voz de las comunidades.

Para reducir a la obediencia a los segovianos, fué designado el alcalde Rodrigo Ronquillo a quien el pueblo odiaba entrañablemente.

Habiendo hallado alguna resistencia, que no pudo vencer, para entrar en la plaza, establecióse Ronquillo en Santa María de Nieva.

El pueblo pidió auxilio a otras ciudades y Toledo mandó en su socorro al comunero don Juan de Padilla, con doscientos jinetes y dos mil infantes, y Madrid a Juan Zapata, con cincuenta caballos y cuatrocientos mosqueteros.

Puestos de acuerdo los dos caudillos con don Juan Bravo que capitaneaba a los segovianos, arremetieron con furia contra las tropas de Ronquillo, a las que obligaron a huir vergonzosamente, después de causarles numerosas bajas.

En virtud de este descalabro, el alcalde Ronquillo recibió del regente Adriano la orden para que, en unión del general imperialista Fonseca, se trasladara a Medina de Campo para que, con la artillería que en aquella plaza se guardaba, pudieran vencer a los segovianos, castigando su rebeldía.

El 21 de agosto de 1520, dieron frente a la plaza las tropas imperialistas. Pero los medienenses que ya conocían las intenciones de Fonseca y sus acompañantes, se negaron a darles entrada en el recinto.

La lucha fué encarnizada, sangrienta, y cuando un parlamentario del ejército sitiador expuso a los sitiados la pretensión de Fonseca, éstos respondieron:

—Decid a vuestro general que antes moriremos que entregar la artillería para destruir a nuestros hermanos.

Esta respuesta heroica indignó al general de Carlos I, quien apretó el cerco. Pero la tenaz resistencia que halló haciale preveer que no lograría rendir a los medienenses, en tanto uno solo de ellos estuviese con vida. Entonces apeló a un recurso extremo para el cual no encontramos calificativo: arrojó sobre la ciudad alcancías de alquitrán, incendiándola por los cuatro costados.

# LOS COMUNEROS DE CASTILLA



—¡Santiago y libertad!...

Las escenas de horror que entonces se desarrollaron no son para descritas. Medina no era sino una inmensa hoguera a cuyo resplandor veíanse las mujeres y los niños correr de un lado para otro, despavoridos.

En tanto, los hombres, defendían con tesón la plaza que pronto se vería reducida a ruinas, venciendo por fin, en aquella desdonada lucha.

Fonseca y Ronquillo, hubieron de retirarse sin haber logrado su intento de apoderarse de las piezas de artillería, que fueron inutilizadas por los sitiados.

Ante tan innominosa acción, infinidad de pueblos que hasta entonces habían permanecido inactivos, se alzaron en armas y, los incendiarios de Medina, fueron perseguidos por los españoles, dispuestos a tomar cumplida venganza, lo que no pudieron lograr porque, atemorizados aquellos dos *valientes*, habíanse internado en Portugal de donde salieron para Flandes.

La insurrección tomó entonces proporciones alarman-tes. Cuenca, Soria, Avila, Zamora, Guadalajara, Alcalá, Salamanca y otras poblaciones, tomaron las armas para vengar las ofensas recibidas y arrojar de España a los funestos flamencos que tantos males les habían ocasionado.

Al frente de las fuerzas salmantinas se puso el caballero don Pedro Maldonado que tantas pruebas dió luego de su desmedido valor y patriotismo.

Formóse entonces un como gobierno de la nación en el que todas las comunidades tenían su representación y del que fué nombrado presidente don Pablo Laso, confiriéndose el mando supremo de las tropas al caudillo don Juan de Padilla por quien el pueblo sentía grandes simpatías, dados sus sentimientos patrióticos y gran valor, con creces demostrado en aquellos días de desesperada lucha.

Los imperialistas eran vencidos por los comuneros en toda Castilla, obligándolos estos a emprender la fuga apresando a muchos consejeros del rey el propio don Juan de Padilla, llevándolos a Toradesillas, donde se había establecido la Junta.

Todo parecía indicar que el triunfo de las fuerzas populares era indiscutible y definitivo. Esto fué precisamente lo que perdió a los esforzados defensores de la patria, quienes, confiados, permanecieron algún tiempo en la innación más completa.

En este intervalo, los imperialistas, iban reconcentrando sus fuerzas en Rioseco, donde se hallaban dos de los regentes.

Entonces se pensó en entregar el mando de las fuerzas revolucionarias en manos de un caudillo que despertara los ánimos dormidos entre aquellas gentes.

El hijo primogénito de los condes de Ureña, don Pedro Girón, fué el designado por la Junta para este cargo, toda vez que él mismo se ofreció a ésta blasonando de gran patrióta.

Considerando los comuneros que el esclarecido estandarte de la casa Ureña unido a la bandera de las ciudades, podría dar origen a que otros nobles imitaran su ejemplo, vieron con gran satisfacción le fuera conferido el mando de sus tropas al esforzado prócer.

Don Pedro que había hecho causa común con los sediciosos sólo por despecho con el monarca por haber sido contrariado por éste en sus pretenciones a la herencia del duque de Medina-Sidonia, se dispuso a sacar de su situación el mejor partido posible para beneficiarse en sus intereses, disponiéndose a vender a los comuneros a costa de su medio personal.

#### IV

Pocos días después, don Pedro Girón ponía en movimiento su ejército, dirigiéndose con gran aparato bélico hacia Rioseco.

Los comuneros, animados antes la perspectiva de una

próxima batalla que podía muy bien esperarse fuera definitiva, emprendieron el camino, ansiosos de medir sus fuerzas con los imperialistas.

Llegó don Pedro con su numeroso séquito hasta las mismas puertas de Rioseco, enviando un emisario para retar a los nobles, diciéndoles que allí estaba con el pueblo, dispuesto a castigar a quienes pretendían dominar a Castilla contra su voluntad.

Los magnantes no aceptaron el reto y, toda la jornada transcurrió sin que sonara un solo tiro.

En tanto don Pedro paseaba orgulloso a caballo por ante las primeras filas de sus tropas, estas esperaron en vano la orden de asalto, toda vez que los sitiados no daban señales de vida y parecía lo más indicado que, los comuneros, hubieran tomado la plaza, para lo que no habrían hallado, seguramente, grandes dificultades.

Tal creían sus huestes que haría a la postre el caudillo, en vista de la actitud pasiva de los retados. Pero, con gran asombro por su parte, vieron que se les ordenó regresar al campamento de Villabraxuna, no bien las primeras sombras de la noche comenzaron a invadir la tierra.

La causa de los comuneros estaba vendida y, don Pedro, pudo llevar a cabo su alta traición, conduciendo con engaños a su tropa hasta Villalpando, donde les prometió buen alojamiento y abundancia de víveres.

Una mañana y en vista de las sospechas que su proceder habían despertado entre sus huestes se exteriorizaban de modo manifiesto, don Pedro, salió del campamento, pretextando iba a hacer un reconocimiento, y emprendió la fuga, dirigiéndose hacia Toledo, donde se le negó la entrada.

Entonces fué a refugiarse en las tierras de su padre, dispuesto a no salir de ellas hasta que la contienda hubiese terminado.

Juan Padilla volvió a la lucha, en virtud de la vergonzosa huida de Ureña, dirigiéndose hacia Medina, al frente de dos mil toledanos, lo que causó gran júbilo a los comu-

neros que vieron renacer sus esperanzas de alcanzar el triunfo.

En el camino encontröse con las fuerzas que mandaba el obispo de Acuña y ambas entraron en Valladolid, siendo recibidos con grandes muestras de alegría y donde fué aclamado Padilla, jefe de las fuerzas que habia abandonado don Pedro. La Junta aprobó el cargo que por unanimidad habia conferido al heróico caudillo, la votación popular.

En tanto, Bravo en Segovia y Maldonado en Avila y Salamanca, continuaban sosteniendo con los imperialistas frecuentes y sangrientas batallas, alcanzando señaladas victorias. Ambos eran valerosos y, animados por el caudable afán de ver a su patria libre del tirano yugo de los flamencos, luchaban con denuedo insuperable y desmedido valor.

Juan Padilla requirió el auxilio de sus compañeros y, en unión de estos y Juan Zapata que mandaba las fuerzas de Madrid, emprendió el 21 de febrero el camino de Torrelabán, con ánimo de dar la definitiva batalla.

Con este refuerzo habia reunido Padilla quinientas lanzas, siete mil hombres y buen número de piezas de artillería.

Después de ocho días de asedio, lograron rendir la plaza, que saquearon los comuneros, conviniéndose una tregua entre los beligerantes, que pretendió aprovechar el caudillo para alcanzar una paz duradera.

Todo parecia habia de llegar a buen fin; pero habiendo los comuneros consignado en sus peticiones que si el emperador no accedía a ellas, los nobles formarían causa común con las comunidades, fué esto causa de que se rompieran las negociaciones, entablándose de nuevo la lucha entre uno y otro bando.

V

Los comuneros podían considerarse vencedores. Torrelobatón era la plaza mejor defendida que ocupaban los imperialistas y había sido tomada por Padilla.

Lejos de proceder con energía, el caudillo, se durmió sobre sus laureles y la Junta, que pudo plantear las reformas que el pueblo necesitaba e imponer su voluntad al monarca, se mostró tan débil que se limitó a dirigir a éste súplicas que Carlos I no atendió.

Dos mil quinientos jinetes imperiales, entre los que se encontraban los nobles del reino, dispusieron a atacar a Padilla quien, noticioso de los planes del enemigo, salió de Torrelobatón el 23 de abril con rumbo a Toro, para salir al encuentro de las fuerzas imperiales.

Hacia algunas horas que la lluvia caía abundantemente sobre la tierra, lo cual dificultaba en gran manera el avance de los comuneros, pues su artillería pesada quedábase atascada en el fango del camino.

Cerca de Villalar divisáronse los dos ejércitos y, Padilla, trató de reunir sus gentes que, a causa de las dificultades de la marcha, iba algo diseminada.

Pero los imperialistas rompieron el fuego de manera tan nutrida que dificultó el movimiento de su enemigo.

Esto hizo que cundiera la desmoralización entre los comuneros quienes ya no obedecían las órdenes de su general.

El heroico guerrero que tantas veces expuso su vida en bien de su patria, al ver que los suyos le abandonaban, exclamó con brío:

—No permita Dios que digan en Toledo ni en Valladolid las mujeres, que traje sus esposos y sus hijos a la matanza, y que me salvé huyendo.

Pronunciadas las anteriores palabras, picó espuelas y

arremetió contra los imperiales, seguido de cinco de sus escuderos, gritando:

—¡Santiago y libertad!

El heroico Padilla corría a una muerte cierta, pero quiso su mala estrella que, después de atravesar con su lanza el pecho de varios de sus enemigos, cayese herido por don Alonso de la Cueva, al que hubo de entregar su espada.

Cuando esto ocurría, ya habían sido hechos prisioneros los capitanes Bravo y Maldonado.

Trasladados los prisioneros a Villalba, fueron juzgados y condenados a morir degollados, por el delito de alta traición.

## VI

En las afueras de la ciudad se había levantado el cadalso donde habían de ser degollados aquellos tres héroes castellanos que tan denonadamente habían luchado por el bien de la patria que les vió nacer.

Cabalgaban en sendas mulas cubiertas con mantos negros y, a ambos lados de los condenados, veíanse tres sacerdotes que les auxiliaban en aquellos tristes momentos.

Abria la marcha el pregonero que, según costumbre, iba diciendo en alta voz:

—«Esta es la justicia que manda hacer S. M. y los gobernadores, en su nombre, a estos caballeros. Mándalos degollar por el delito de traición...»

—«¡Mientes tú, y aun quien te lo mandó decir!» gritó indignado Bravo: «traidores no, más celosos del bien público y defensores de la libertad del reino.»

Padilla, volviéndose a su infortunado amigo, dijo entonces con reposado tono:

—«Señor Juan Bravo, ayer fué día de pelear como caballeros, hoy lo es de morir como cristianos.»

El caballero segoviano no replicó palabra y, en el más absoluto silencio, llegaron al lugar del suplicio.

Un inmenso gentío rodeaba el cadalso para ver morir a aquellos mártires. Ni una sóla voz se alzó para protestar, ni una mirada de compasión merecieron quienes sacrificaban sus vidas en aras del bien de sus conciudadanos.

Con paso firme subieron los tres caballeros las gradas del cadalso.

Bravo se adelantó al verdugo y le dijo:

—«Degüellame el primero, para que no vea morir al mejor caballero que queda en Castilla.»

El verdugo cumplió su triste misión y cuando le llegó el turno a Padilla, despójose de unas reliquias que pendían de su cuello, dándolas a don Enrique Sandoval para que, terminada la guerra, hiciera entrega de ellas a su esposa, doña María Pacheco.

Cuando iba a poner la cabeza para que la mortífera hacha cercenara su cuello, miró el cuerpo exámine de Bravo y dijo:

—«¡Ahí estáis vos, buen caballero!»

Su cabeza rodó por el tablado, pronuciando un lúgubre sonido.

Instantes después, corría la misma suerte el caballero Maldonado.

Las tres cabezas separadas de sus troncos, fueron clavadas en escarpías y expuestas al público, que vió, en la muerte de aquellos bravos caudillos del comunismo, la muerte de las libertades de Castilla.

El sacrificio de los tres valerosos capitanes no había servido para librar a su patria de la funesta influencia de los flamencos que vinieron a despojar a los españoles de sus bienes y dignidades, hollando sus fueros e infiriendo mil agravios a los castellanos que el rey toleraba, patrocinando a aquella turba de extranjeros codiciosos y abominables.

---





EDITORIAL  
**El Gato Negro**  
SOMOS DE LORO SA  
BARCELONA (ESPANA)  
  
Distribuidor General  
**JUAN BRUGUERA**